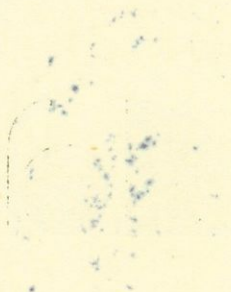


Educación

Por Andrés Angiulli
Roberto Ardigó, Tomás Arnold
J. Delauhaie, John Dewey
Doctor Pablo Dubois, J. R. Elslander
Emerson
Francisco Giner de los Ríos
Guyau, William James
Kant, Ellen Key, Rousseau
Bertrand Russell, B. Sanín Cano
Arturo Schopenhauer
y Herbert Spencer

Biblioteca de ESTUDIOS, Apartado 158.—Valencia



1877

RECEIVED

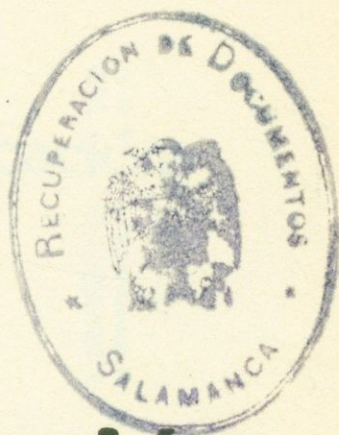
11-29-S-103

**Colección
Popular**

**Ayer,
Hoy y
Mañana**

XXVIII

La Educación



**Por Andrés Angiulli,
Roberto Ardigó, Tomás Arnold,
J. Delauhaie, John Dewey,
Doctor Pablo Dubois,
J. R. Eislander, Emerson,
Francisco Giner de los Ríos, Guyau,
William James, Kant, Ellen Key,
Rousseau, Bertrand Russell,
B. Sanin Cano,
Arturo Schopenhauer
y Herbert Spencer**

Biblioteca de ESTUDIOS

Apartado 158 .. Valencia

Imprenta
de
J. Mateu Gil
Almirante Cadarso, 39
Valencia

III : La Educación III :

Se considera como máxima fundamental que la educación, abrazando desde la infancia todas las facultades del individuo, debe conformarse a las leyes fisiológicas y psíquicas que presiden su desarrollo; debe ser, por lo tanto, científica en sus procedimientos. En segundo lugar, la instrucción debe partir de la cooperación de la experiencia del mismo niño y procurar hacerle adquirir noticias de las propiedades y relaciones reales de las cosas en la gradación de su creciente complejidad; por lo que deben tener en sus elementos consistencia y valor científicos hasta las primeras lecciones dadas a los más tiernos niños. La enseñanza infantil debe ser una preparación para la escuela elemental propiamente dicha, pues ésta podría resultar infecunda, sobre todo en su aspecto educativo, si al recibir los niños a la edad de seis años se encontrase con que el tejido de impresiones, sentimientos, representaciones y hábitos volitivos hubiese sido mal construído. Por lo tanto, el problema de la educación

infantil es el problema capital de nuestro tiempo.

Andrés Angiulli



Educar no quiere decir presentar una vez a la inteligencia los conocimientos útiles, sino generar hábitos, hacer adquirir habilidades. Recordemos la áurea sentencia de Protágoras: *Nada vale la ciencia sin el arte, ni el arte* (esto es, la habilidad) *sin la ciencia*, máxima que jamás deben olvidar los educadores. Es el principio que, descuidado en general, hace defectuosos los tratados comunes de Pedagogía. No basta, pues, la simple indicación de las cosas para saber y hacer; es preciso el ejercicio que produce el hábito intelectual y práctico, o sea la segunda naturaleza, por la que se perfecciona el bosquejo tosco e informe del hombre sin educación.

Roberto Ardigó



Todo hombre... tiene dos quehaceres: uno es su oficio o profesión particular, sean cuales fueren...; otro es su profesión general, la que tiene en común con todos sus vecinos; a saber: la profesión de ciudadano y de hombre. A la educación que le prepara para el primero de estos dos quehaceres se le llama profesional; a la que prepara para el segundo, liberal. Pero como todo hombre tiene que realizar este se-

gundo quehacer, hágalo bien o mal, la gente se ha acostumbrado a pensar que se aprende más fácilmente. Un hombre que haya aprendido aquél medianamente, parece, no obstante, que marcha a través de la vida con una facilidad tolerable; puede no haber sido educado para ser muy discreto, o muy agradable, y, sin embargo, él se las arregla para casarse, para sostener una familia y para vivir en sociedad con sus amigos y vecinos. Por el contrario, un hombre que haya aprendido su otro quehacer medianamente, es decir, su oficio o profesión particular, se halla en peligro de morir de hambre enseguida. La gente no dará ocupación a un obrero mediano si tiene muchos buenos a su disposición; y, por tanto, si aquél ha aprendido mal su particular quehacer, es probable que no será capaz de realizarlo de ningún modo.

De esta suerte, en tanto que la ignorancia de un quehacer especial del hombre se descubre inmediatamente, la ignorancia de su gran quehacer como hombre y como ciudadano apenas se conoce, porque son muchos los que participan de ella. Así vemos todo el mundo dispuesto a dar su opinión sobre política, o sobre religión, o sobre moral, porque se ha dicho que son asuntos de todos. Y así lo son realmente, y si la gente los aprendiera como hace con sus quehaceres particulares, todo el mundo los haría bien; pero nunca mejor que ahora tiene aplicación el refrán que dice que los negocios de todos no lo son de ninguno. Aun es peor que si no lo fueran de nadie; pues ahora el quehacer de todo el mundo es inmiscuirse en ellos, pero nadie los

aprende. Y esta general ignorancia no se hace sentir directamente; si así ocurriera, podría ser más fácilmente remediada; pero el proceso es largo y complicado; se alimentan e influyen en él falsas ideas; los prejuicios y las pasiones se multiplican; los abusos son numerosos; las dificultades y los dolores, por último, afligen a toda la comunidad...

Tomás Arnold



La idea fundamental de la reforma que introducirá el porvenir en la educación de la infancia, consistirá en reemplazar, en todos los modos de actividad, la violencia de una disciplina convencional por la fuerza natural de los hechos. Considérese lo que se hace actualmente: se ha elaborado, presa de las necesidades del niño, un programa de conocimientos que se juzgan necesarios a su cultura, y, de grado o por fuerza, por cualquier medio, es preciso que los absorba.

Pero los profesores son los únicos que comprenden el tal programa, los únicos que conocen su objeto y su alcance; no el niño. Todos los vicios de la educación moderna derivan de ahí. En efecto, desde que se quita al querer y a los actos su razón natural, es decir, la fuerza de la necesidad o del deseo, desde que se pretende reemplazar esta razón natural por una razón artificial, por un deber abstracto, inexistente para quien no puede concebirlo, es preciso

instituir un sistema de disciplina que ha de ser necesariamente de malísimos resultados: constante rebeldía del niño contra la autoridad arbitraria de los maestros, desatención, pereza, mala voluntad evidente. ¡A qué maniobras se ven obligados los profesores para vencer la irreductible dificultad! Trampean, sorprenden y, los más ingeniosos en esa táctica, son considerados como los mejores educadores. Procuran por todos los medios captar la atención del niño, su actividad y su voluntad, y se sienten dichosos cuando obtienen una apariencia de satisfacción.

J. Delauhaie



Toda educación procede de la participación del individuo en la conciencia social de la raza. Este proceso comienza inconscientemente casi desde el nacimiento, y prosigue formando sus hábitos, educando sus ideas y despertando sus sentimientos y emociones. Mediante esta educación inconsciente, el individuo llega gradualmente a participar en los tesoros intelectuales y morales que la humanidad ha logrado acumular. Aquél se convierte así en un heredero del capital formado por la civilización. La educación más formal y técnica del mundo no puede alejarse de este proceso general. Únicamente puede organizarlo o diferenciarlo en alguna dirección particular.

La única educación verdadera se realiza esti-

mulando los poderes del niño por las exigencias de las situaciones sociales en que se halla. Mediante estas exigencias es estimulado a actuar como miembro de una unidad, a emerger de su estrechez original de acción y de sentimiento y a considerarse él mismo desde el punto de vista del bienestar del grupo a que pertenece. Mediante las reacciones a los balbuceos instintivos del niño, éste llega a conocer lo que esos balbuceos significan; éstos se transforman en lenguaje articulado, y así el niño es introducido en la riqueza acumulada de ideas y emociones que se hallan concentradas en el lenguaje.

Este proceso educativo tiene dos aspectos: uno psicológico y el otro social, y ninguno de ellos puede subordinarse al otro o descuidarse sin provocar malas consecuencias. De estos dos aspectos, el psicológico es el básico. Los instintos y poderes del niño proporcionan el material y constituyen el punto de partida para toda educación. Excepto los esfuerzos del educador relacionados con alguna actividad que el niño realiza por propia iniciativa independiente del educador, la educación aparece reducida a una presión ejercida desde afuera. Esta puede, ciertamente, dar algunos resultados externos, pero no puede llamarse verdaderamente educativa. Sin un conocimiento de la estructura psicológica y de las actividades del individuo, el proceso educativo será, por tanto, azaroso y arbitrario. Si acierta a coincidir con la actividad del niño puede llegar a un resultado; si no, se producirá una fricción o una desinte-

gración o detenimientos en la naturaleza del niño.

El conocimiento de las condiciones sociales, del estado actual de la civilización, es necesario para poder interpretar adecuadamente los poderes del niño. El niño tiene sus propios instintos y tendencias; pero no sabe lo que significan hasta que podemos traducírselos en sus equivalentes sociales. Tenemos también que poderlos proyectar en el futuro para comprender su resultado y su finalidad. En el ejemplo antes usado, la capacidad para ver en los balbuceos del niño la promesa y la potencia de una futura interrelación y conversación es lo que permite desarrollar debidamente este instinto.

Los aspectos psicológicos y sociales están relacionados orgánicamente, y la educación no puede ser considerada como un compromiso entre ambos o como una superposición del uno sobre el otro. Se dice que la definición psicológica de la educación es estéril y formal; que nos da solamente la idea de un desarrollo de todos los poderes mentales sin proporcionarnos idea del uso a que han de destinarse esos poderes. Por otra parte, se aduce que la definición social de la educación, considerándola como adaptación a la civilización, hace de ella un proceso forzado y externo, que tiene por resultado la subordinación de la libertad del individuo a un estado social y político preconcebido.

Cada una de estas objeciones es verdadera cuando se presenta cada uno de los aspectos separado del otro. Para saber lo que realmente es un poder debemos conocer cuál es su finali-

dad, uso o función, y esto no podemos saberlo sino en el caso de concebir al individuo como ser activo en las relaciones sociales. Pero, por otra parte, la única adecuación posible que podemos dar al niño en las condiciones existentes es la que surja de ponerle en plena posesión de sus poderes.

John Dewey



Se toma la palabra educación en un sentido demasiado estrecho cuando, siempre por salvar el principio de la libertad, se objeta: "Vean ustedes: he aquí dos muchachos bien dotados ambos y educados del mismo modo en la familia, en la escuela y por la Iglesia, y, sin embargo, el uno es un joven encantador, y el otro, un perdido." Se le guarda rencor al último, como si hubiera cerrado voluntariamente los oídos de su entendimiento a los excelentes consejos que se le han dado.

Se comete el mismo error que si un jardinero dijera: "He aquí dos plantas que he sembrado en el mismo terreno y que he cultivado con los mismos cuidados: la una se ha desarrollado bien; la otra es una bribona, que no obedece."

Entre los dos hermanos que a primera vista parecen tan distintos el uno del otro, no hay, quizá, tanta diferencia moral como suponemos: hubiera bastado alguna circunstancia fortuita para invertir los términos.

Al lado de la educación premeditada, dirigida,

hay una multitud de influencias secretas que obran desde el primer momento de la vida y pueden llevar al sujeto por mal camino. Sufrimos esas influencias diariamente por hallarnos sumergidos constantemente en el ambiente que nos rodea, expuestos al contagio de todos los microbios del vicio que pululan en el aire moral que respiramos, y que nos inoculan la palabra, el libro y, sobre todo, el ejemplo. Sucede con la educación como con las precauciones que tomamos para librar a nuestros hijos de las enfermedades contagiosas, como el sarampión o la escarlatina. A veces creemos haberlo conseguido, hasta que uno de ellos vuelve a casa con el sarampión, mientras que su hermano, sentado en el mismo banco de la escuela, permanece indemne.

Es indudable que la educación que intencionadamente se nos da entra por mucho en nuestro desarrollo ulterior; pero no olvidemos las influencias materiales y morales que se ejercen independientemente de nosotros. Ya he dicho que pueden actuar sobre el carácter del niño a partir de la vida fetal, orientándole en el sentido de la tristeza, de la misantropía.

En el momento de escribir estas líneas recibo la siguiente observación, que me envía un médico francés: "He conocido a dos niños que se llevaban sólo once o doce meses. Al nacer el primero se buscó una buena nodriza; el niño vino al mundo sin contratiempo, y se crió sin dificultad alguna; los padres admiraban aquella criatura, gorda, colorada, siempre risueña, a la que nunca se oía llorar. Nació el segundo niño; la nodriza era tan buena que a los padres les pare-

ció que lo mejor que podían hacer era encargarla de criar al recién nacido; pero los pechos, agotados, no tenían bastante leche; el niño se desesperaba, y, hambriento, muy a menudo lloraba y gritaba; se presentó diarrea, y los gritos de la criatura fueron aún más fuertes. “Pero, ¡qué mal genio tiene este pillo! —decían los padres—. Se le cría como a su hermano, tiene la misma nodriza, y todo lo que el otro tenía de tranquilo y de alegre, tiene éste de gruñón y de rabioso.” La conclusión era siempre: “¡Qué genio tan malo!”

No se crea que éste es un caso raro, que esos padres son poco inteligentes de un modo excepcional; es un ejemplo típico de lo que ocurre bajo diferentes formas en todas las familias, en las casas-cunas, en los establecimientos de beneficencia mejor organizados. Sin duda, si un niño está enfermo de un modo notorio, siempre habrá almas buenas que le cuiden; pero si está de mal humor, sin que se comprenda la causa, ¡pobre de él! Los niños llorones, tristes, ariscos, no son simpáticos; las caricias buscan, naturalmente, al jovial, al que ríe siempre. Es difícil, hasta para una madre, evitar estas preferencias, siendo así que la más viva simpatía debería rodear siempre al menos favorecido. Esas preferencias empeoran el estado de ánimo del desgraciado pequeñuelo; pronto despierta en él el sentimiento de la envidia, y la deformación moral se acentúa. Somos injustos para los que debiéramos proteger, porque olvidamos *que son lo que pueden ser*. Nos lisonjearnos, además, de ser caritativos para con ellos, cuando no hemos

pensado, egoístamente, más que en el desagrado que nos producen.

Doctor Pablo Dubois



Comiéntase a creer en ciertos medios que quizá sería posible realizar la obra de la educación de los niños no interviniendo en ella sino para guiar, para secundar los esfuerzos espontáneos a que les incita el desarrollo normal de las facultades, de las mismas necesidades de su vida; que no hay influencia artificial que pueda reemplazar el libre juego de las actividades fisiológicas y psíquicas. Se reconoce que la adquisición de los conocimientos no es más que una consecuencia de esas actividades, y que el desarrollo integral del individuo es el fin esencial que ha de obtenerse. La instrucción fué durante mucho tiempo el principal objeto de la educación; ya no se considera más que como un medio; algunos ven al fin en ella la resolución natural de las necesidades de la inteligencia.

Es cierto que los que han llegado a pensar así prevén que ha de superarse tal cúmulo de dificultades para que ese principio sea aplicable, que les parece imposible una renovación. Harto saben qué profundas transformaciones debería sufrir la escuela, cuánto debería elevarse la misión del educador para esperar de la sociedad actual semejante empresa.

J. R. Elslander

El secreto de la educación descansa en el respeto del alumno. No está en su mano de usted el escoger lo que él debe saber. Ya está escogido y predeterminado, y él solo guarda la llave de su propio secreto. Por su inoportuno, inadecuado y excesivo gobierno puede verse desviado de sus fines y separado de sí mismo. Respecto al niño, esperar y ver el nuevo producto de la Naturaleza. La Naturaleza gusta de las analogías, pero no de las repeticiones. Respecto al niño, no hagáis con exceso el papel de padre. No invadáis su soledad.

Pero yo oigo la gritería que replica a esta sugestión. Usted quiere verdaderamente echar por alto las riendas de la disciplina pública y privada; usted abandona al niño al insensato curso de sus propias pasiones y extravagancias, ¿y llama a esa anarquía respeto a la naturaleza del niño? Contesto: Respeto al niño, respeto hasta el extremo, pero también respeto a usted mismo. Sea el compañero de sus pensamientos, el amigo de su amistad, el amante de su virtud, pero no el paciente de su pecado. El hace violentos esfuerzos por explicarse él mismo e invoca la ayuda y la aprobación de los circunstantes. Desconcertado por la pobreza de lenguaje y maneras de transmitir su pensamiento, tan poco clara para él mismo, concibe que aunque no en esta casa o ciudad, acaso en alguna otra casa o ciudad exista el sabio maestro que pueda ponerle en posesión de las reglas e instrumentos para realizar su deseo. Dichoso este niño con un prejuicio, con un pensamiento que le fascina, le guía, ya por desiertos, ya por ciu-

dades, el engaño de una idea. Dejadle seguirla con buena o mala información, en buena o mala compañía. Ya se justificará por sí mismo; le conducirá, al fin, a la sociedad ilustre de los amantes de la verdad

¿No podemos dejar a las personas ser ellas mismas y vivir su propia vida? Usted trata de hacer de aquel hombre otro usted. Con uno hay bastante.

Nosotros sacrificamos el genio del alumno, las oscuras posibilidades de su naturaleza, a una floja y completa uniformidad, como los turcos enjabelgan los suntuosos mosaicos del arte antiguo que los griegos dejaron en las paredes de sus templos. Deseemos más bien hombres cuya virilidad sea únicamente continuación de su adolescencia, caracteres naturales todavía; los tales son aptos y fecundos para la acción heroica, y no aquel lamentable espectáculo con el que estamos demasiado familiarizados: ojos educados en cuerpo sin educación.

Yo quiero muchachos dueños del campo de juego y de la calle, muchachos que para todas las 'tiendas, fábricas, cuarteles, mítines, conventículos, reuniones de la canalla, barracas de tiro al blanco, tienen la misma liberal papeleta de entrada que la que tienen las moscas; completamente confiados, entrando con tanta naturalidad como el conserje, sabiendo que no tienen un cuarto en sus bolsillos y sin sospechar ellos mismos el valor de su pobreza; no teniendo a nadie que les vigile, pero viendo el espectáculo por dentro, recibiendo informes de todas partes. Nada hay secreto para ellos; saben todo lo

que acontece en la brigada de Bomberos, las excelencias de cada máquina y de cada guardafreno, cómo funcionan y están dispuestos a echar una mano en todas partes; así también, las excelencias de cada locomotora, y engatusarán al maquinista para que les deje ir con él y darle a la palanca cuando esté en el depósito de máquinas. Están allí únicamente por broma, y no dándose cuenta de por qué están en la escuela, en la audiencia o en la exposición de ganado, tan en absoluto o más como de la razón de haber estado, una hora hace, en la clase de Aritmética.

Emerson



La génesis del espíritu científico, en cualquiera de nuestros semejantes, sólo es posible merced a una verdadera educación, sin la cual ya hemos visto cómo el pensamiento se decolora, mutila y embastece, y se entierra entre el polvo de los pormenores. Ciertamente que la exposición de todos los elementos que se requieren para promover una pura vocación científica parecería hoy cosa de burlas, apegados como nos hallamos aún a ese fácil juicio para el que es ciencia cualquier cosa: la invención de un específico para los sañañones o la *coqueluche*, fundado en la experiencia clínica; una disertación retórica sobre cuatro lugares comunes "filosóficos"; una lista sin crítica de documentos inéditos; un miserable Manual, consagrado al alto fin de facilitar al alumno la respuesta al programa de examen.

Mas, sin entrar en esa enumeración, que habría de remover los “humores acres, proclives y corrumptentes” de más de un doctor Bartolo, sea lícito al menos insistir en la necesidad de que esa esfera de la enseñanza entre, como todas, en vías de redención, merced al espíritu educativo. Tres y cuatro veces bienaventurada la generación que vea rellenar con los escombros de tanta pedantería el abismo que hoy media entre el pobre alumno, víctima de uno de los más insufribles tormentos —el de estudiar sin gana, como acontece a quien no ha sido educado en el amor y el fruto del trabajo—, y el profesor, revestido de sus ornamentos, sublimado en el tripode —la mitad de su ciencia— y oficiando siempre de pontifical, porque si la operación de instruir a esa otra especie de reclutas, no más afortunados que los de la milicia, es por naturaleza una acción superficial e intermitente que puede bien ejercerse a distancia, la educación es por necesidad una acción íntima, sólo asequible a favor de una comunicación profunda, familiar y constante. La confianza en el maestro, la medida libre del tiempo y de la manera de llenarlo reemplazarán entonces a la ignorante, suspicaz y depresiva reglamentación burocrática; la conversación animada y discreta, a los interrogatorios solemnes y a esos discursos que deben reservarse para las conferencias dirigidas a un público heterogéneo, numeroso y anónimo; la investigación personal a las exposiciones dogmáticas; la espontaneidad, tan fecunda, a la aridez académica; la palabra viva al libro de texto; la dirección individual de cada alumno al régimen

abstracto de la masa, cuyo atomismo es tan desafortunado en esta esfera como en la medicina, la política o los sistemas penales.

Francisco Giner de los Ríos



La educación de la infancia y de la primera juventud no tiene ni debe tener otro objeto que ella misma. Si se parte del principio de que todas las facultades humanas se encuentran en un cerebro de niño, el fin de la educación será favorecer el desenvolvimiento normal, completo, armonioso del conjunto de esas facultades, cuya vida, como se ha hecho notar, se encargará pronto de romper el equilibrio.

Importa muchísimo que en el momento de dar el paso decisivo en la vida, el joven sienta perfectamente lo que es, todo lo que es, a fin de que, con conocimiento de causa, tome un camino dado con preferencia a otro, dejándose llevar por aquella facultad verdaderamente dominante en él, si es que la tiene. Además, desde el punto de vista de esta facultad misma, es una condición excelente para que pueda predominar el que se sienta sostenida y como impulsada hacia adelante por todas las demás. En una palabra, la educación prepara el terreno en el cual ha de sembrarse más tarde, cuando sea el tiempo oportuno de la educación profesional; mas para que la semilla germine es preciso que el terreno esté por entero preparado, porque ¿quién puede saber el sitio en donde la semilla germinará?

En la educación deben ocupar el primer lugar los intereses comunes del individuo y de la especie, en cuanto pueden desenvolver a la vez la intensidad y la expansión de la vida. Es preciso no considerar el individuo únicamente por sí mismo, como un punto en el espacio, prescindiendo de las atmósferas moral e intelectual en que está envuelto al modo como lo envuelve la atmósfera terrestre, y que son, quizá, con igual razón, las condiciones mismas de su vida. Si la primera necesidad es vivir, la segunda, de seguro, es tener en cuenta su medio para adaptarse a él. Ahora bien; estando hecho el hombre para vivir entre los hombres, nunca estará de más cuanto se haga por acomodar al niño a la vida social, contrabalanceando en él los instintos egoístas, primeramente manifiestos, por el desarrollo de instintos altruistas, que tanta parte habrán de ocupar en su misma vida individual. Mas si la preeminencia corresponde a los intereses comunes del individuo y de la especie, ¿cuáles son esos intereses comunes? La conservación del individuo es, sin duda, indispensable para la especie misma; por lo tanto, la educación debe tender a asegurar el mantenimiento, el desenvolvimiento, la fuerza de la vida física, ya que de ella depende la fuerza hereditaria de la raza. Tal es, si se quiere, la primera necesidad, base de las otras.

Guyau



El proceso de la educación, considerado ampliamente, puede ser simplemente descrito como el proceso mediante el cual se adquieren ideas y concepciones, toda vez que la mente mejor educada es la que se halla más provista de ideas dispuestas para ser utilizadas en la mayor variedad posible de emergencias de la vida. Carecer de educación significa carecer de tales concepciones o ideas, de lo cual deriva una facilidad grande de ser “vencido” y “reducido al silencio” en la vida práctica.

En todo este proceso por el cual se adquieren concepciones, actúa un cierto orden instintivo. Existe una tendencia congénita a asimilar-se en una edad determinada cierto orden de concepciones, y otro orden en una edad más avanzada. En los primeros siete años de la vida la mente se interesa principalmente por la propiedad de los objetos materiales. La *constructividad* es el instinto más activo: en el incesante golpear y cortar, en el vestir y desnudar las muñecas, en el reunir y desparramar los objetos, el niño no sólo habitúa sus músculos a la acción coordinada, sino que adquiere una infinidad de concepciones físicas que forman la base de su conocimiento del mundo material para toda la vida. La enseñanza objetiva y el ejercicio manual sirven sabiamente para ampliar la esfera de este orden de adquisiciones.

La arcilla, la madera, los metales y las varias especies de instrumentos contribuyen en gran medida a este almacenamiento. Una juventud fundada sobre una base de este género, suficientemente amplia, reporta siempre consigo

algo útil a la vida. Entonces el individuo conoce la Naturaleza y ésta, en cierto modo, le conoce a él. En cambio, el joven crecido en la soledad, en una casa desierta, sin familiaridad alguna con el exterior más que con las páginas impresas, se siente continuamente afligido como de un alejamiento de los hechos materiales de la vida, y de una consiguiente inseguridad de su conciencia, que le convierte en una especie de ser extraño dentro de la vida en cuyo seno hubiera podido sentirse confiado y gozoso.

William James



Un principio del arte de la educación, en el que deberían fijarse especialmente los encargados de dirigirla, es el de que no se debe educar a los niños conforme al presente, sino conforme a un estado superior, más perfecto, posible en el porvenir de la especie humana; es decir, conforme a la idea de Humanidad y de su completo destino. Este principio es de extraordinaria importancia.

Kant



Los hombres modernos practican en educación el antiguo precepto médico de curar el mal con el mal, en vez de emplear el nuevo método que ha sustituido, con la higiene, gran número de medicinas.

Educación significa permitir que la Naturaleza trabaje de un modo lento y tranquilo por cuenta propia, impidiendo las circunstancias que podrían contrariarla. Ni los padres más bondadosos ni los más severos saben cuánta verdad encierra la frase de Carlyle: que los sentimientos profundos y vehementes, rígidamente gobernados, son la señal verdadera de un alma nobilísima. Enseñad a los niños a guiar, a contener sus pasiones, pero no tratéis de sofocarlas.

El estudio continuado de oprimir la naturaleza propia del niño para sustituirla por otra, es un gran crimen pedagógico que cometen hasta los que se denominan entusiastas partidarios de una educación individual.

Aun no tenemos el íntimo convencimiento de que el egoísmo infantil es justificado y a menudo necesario, ni de que sea posible transformar el mal en bien.

La educación llegará a ser ciencia y arte al propio tiempo sólo cuando esté basada en la convicción de que por una parte no pueden ser eliminadas las consecuencias de nuestros errores, y, por lo tanto, siempre deberemos sufrirlas, y que, por otra parte, la evolución y una adaptación lenta pueden transformar los defectos en cualidades. Ya nadie creerá en los milagros que pueden obrar los castigos y las impresiones violentas. Se aplicará a la psicología el principio de la indestructibilidad de la materia, y se sabrá que una disposición general no puede ser arrancada, sino solamente corregida, transformada, ennoblecida...

Madame Stael ha dicho perfectamente que

para instruir a los niños es preciso, ante todo, saberlos entretener; para educarlos, lo primero es acercarse a ellos todo lo posible. Lo cual no quiere decir que tengamos que imitar sus juegos y su charla infantil, pues los niños fácilmente descubren y desprecian el artificio. Significa dejarse absorber por ellos con la sencillez profunda con que la vida les absorbe, y tratarlos con la discreción, delicadeza y confianza que creemos un deber demostrar a los adultos. No quiere decir que tengamos que guiarles, obligándoles a ser como quisiéramos que fuesen, sino que debemos hacerles imitar nuestro ejemplo sin que se den cuenta de ello. No quiere decir que les tratemos con violencia o con astucia, sino con su misma seriedad y honradez.

Dice Rousseau: "La educación no puede dar buenos frutos porque la Naturaleza no hizo a los padres para que educasen, ni a los hijos para ser educados." ¿Por qué no seguir este precepto de la Naturaleza que nos enseña que el mejor secreto educativo consiste... en no educar?

El error más grande de la educación actual es el de ocuparse demasiado de los niños. El ideal de la educación futura será crearles un ambiente bello, en el sentido más extenso y elevado de la palabra, en donde podrán crecer y moverse libremente, teniendo por única limitación los derechos intangibles de los demás. Sólo entonces conseguirán penetrar los adultos en el reino actualmente casi desconocido del alma infantil.

Ellen Key



¿Me atreveré a exponer aquí la regla más grande, la más importante, la más útil de toda la educación? Pues no es el ganar tiempo, sino el perderle. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas; fuerza es que las haga quien reflexiona; y dígase lo que se quiera, vale más ser hombre paradójico que hombre preocupado. El intervalo más peligroso de la vida humana es desde el nacimiento hasta la edad de doce años, que es cuando brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos; y cuando viene el instrumento son tan hondas las raíces que no es ya tiempo de arrancarlas. Si llegasen los niños de un salto repentino desde el pecho de su madre hasta la edad de la razón, pudiera convenirles la educación que les dan; pero, según el progreso natural, es menester una en todo opuesta. Sería necesario que no se valiesen de su alma hasta que poseyese ésta todas sus facultades, porque es imposible que vea la antorcha que le presentáis cuando está ciego, y que en la inmensa llanura de las ideas siga una senda que la razón señala con casi imperceptibles rasgos, aun para los ojos más lince.

Así la educación primera debe ser meramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en preservar de vicios el corazón y de errores el ánimo. Si pudierais no hacer nada, ni dejar de hacer nada; si pudierais traer sano y robusto a vuestro alumno hasta la edad de doce años, sin que pudiera distinguir su mano derecha de la izquierda, desde vuestras primeras lecciones se abrirían los ojos de su enten-

dimiento a la razón, sin resabios ni preocupaciones; nada habría en él que pudiera oponerse a la eficacia de vuestros afanes. En breve se tornaría en vuestras manos el más sabio de los hombres; y no haciendo nada al principio, haríais un portento de educación.

Obrad en todo al revés de lo que se usa, y casi siempre haréis bien. Como no quieren que el niño sea niño, sino que sea doctor, los padres y los maestros no ven la hora de enmendar, corregir, reprender, acariciar, amenazar, prometer, instruir, hablar en razón. Haced cosa mejor, sed racional, y no raciocinéis con vuestro alumno, con especialidad para hacer que apruebe lo que le desagrada, porque traer al retortero la razón en cosas desagradables concluye por hacérsela fastidiosa, y desacreditarla muy pronto en un alma que todavía no es capaz de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto más tiempo fuere posible. Temed todos los afectos anteriores al juicio que los valúa. Contened, parad las impresiones que de fuera le vengan; y, por estorbar que nazca el mal, no os aceleréis a producir el bien, porque nunca lo es cuando no le alumbra la razón. Respetad como ventaja todas las dilaciones, que no es alcanzar poco el adelantar hacia el término sin perder nada; dejad que madure la infancia en los niños. Finalmente, si se hiciere necesaria alguna lección, guardaos de dársela hoy, si podéis dilatarla sin riesgo hasta mañana.

Rousseau



El poder de la educación en la formación del carácter y de la opinión es muy grande y está generalmente reconocido. Las creencias genuinas, aunque no los preceptos generalmente profesados, de los padres y de los maestros son casi inconscientemente adquiridas por la mayoría de los niños; y aunque se aparten de esas creencias en su vida posterior, algunas de ellas permanecen profundamente arraigadas, prontas a surgir en un momento de apasionamiento o de crisis. La educación es normalmente la fuerza más poderosa que está del lado de lo que existe y contra los cambios fundamentales: las instituciones amenazadas, mientras tienen poder todavía, se apoderan de la máquina educacional e inspiran el respeto hacia su propia excelencia en los maleables cerebros de los jóvenes. Los reformadores se esfuerzan en intentar quitar a sus adversarios la posición ventajosa que ocupan. Los niños en sí no son considerados por uno ni otro partido: son meramente el material que ha de reclutarse para un ejército o para el otro. Si se considerara a los niños en sí, la educación no aspiraría a hacerlos pertenecer a éste o aquel partido, sino que los pondría en condiciones de elegir inteligentemente entre los dos; aspiraría a hacerlos aptos para pensar, no a hacerlos pensar lo que piensan sus maestros. La educación como arma política no existiría si respetáramos los derechos de los niños. Si respetáramos los derechos de los niños los educaríamos dándoles los conocimientos y los hábitos morales requeridos para la formación de opiniones independientes, pero la educación como

institución política pone empeño en formar hábitos y circunscribir conocimientos en el sentido de hacer inevitable una clase de opiniones.

Bertrand Russell



La educación entendida como el desarrollo armónico de las facultades no ha de preparar al niño para la vida tal como la vida es; debe equiparlo ricamente para vivir una vida distinta, para impulsar a la sociedad en busca de los mejores destinos del individuo y de la especie; debe hacer de él, en suma, un instrumento para transformar la vida en algo mucho mejor. Prepararlo para la vida tal como ella es vale tanto como destinarlo al estancamiento con la sociedad de que va a formar parte. Leyendo la historia de los progresos humanos en los pocos milares de años de que tenemos testimonio escrito, es sorprendente verificar la insignificancia de los adelantos en lo moral, en lo político, en las reformas sociales comparados con el portentoso desarrollo de la mecánica, de las ciencias físicas y naturales, a manera de ejemplo. No hemos sobrepujado a los moralistas chinos, ni a los filósofos griegos, ni a los imperialistas de Roma; pero hemos avanzado considerablemente en el conocimiento y en el uso de las fuerzas físicas desde Arquímedes y Vitrubio hasta nuestros días. Esa lentitud en el andar del verdadero progreso se explica sin dificultad haciéndonos cargo de la base que se le ha dado

desde entonces a la educación de la niñez. Preparar al niño para la vida es dedicarlo al estancamiento moral. Las necesidades de la inteligencia enseñan a una con la comparación de los valores morales, que la labor del maestro es, precisamente, lo contrario; quiero decir, equipar a los niños y a los jóvenes desarrollando sus facultades con igualdad y plenitud para transformar la vida en la cual van a tomar parte. Europa se compadece de China por el estancamiento a que la educación somete allí a las inteligencias en cuanto dice relación al dominio de la materia; pero Europa y todo el Occidente es un remanso en lo moral y en lo político hace millares de años. Troels Lund, el filósofo danés, haciendo menudamente el balance de los progresos morales en la Europa civilizada, no deja duda a este respecto, si bien sus investigaciones se refieren apenas a un lapso de los últimos cuatro siglos.

B. Sanín Cano



Según la naturaleza de nuestro intelecto, las ideas deben surgir por abstracción de nuestras percepciones; éstas, pues, deben preceder a aquéllas. Cumpliéndose puntualmente este proceso, como acaece en quien no tiene otro maestro ni otro libro que su propia experiencia, el hombre sabe perfectamente qué percepciones se ocultan bajo cada una de sus ideas y lo que éstas representan; conoce exactamente unas y otras, y las aplica con justa medida a todo lo

que se le presenta. Denominaremos este proceso "educación natural".

Muy por el contrario, en la educación artificial, los relatos, las enseñanzas y las lecturas atiborran de nociones la cabeza, con prioridad a todo contacto de alguna trascendencia con el mundo visible. Cuéntase con que la experiencia aporte más tarde las percepciones que confirmen todas esas nociones; pero, mientras tanto, éstas son aplicadas a errores, y, por consiguiente, son absurdamente juzgados las cosas y los hombres, vistos bajo un prisma falso, estudiados oblicuamente. Tal educación es un engendro de cerebros irregulares. He ahí por qué en nuestra juventud, después de haber aprendido y leído mucho, hacemos frecuentemente nuestra entrada en el mundo con aspecto a la par bobalicón y picaresco, y nos mostramos ora inquietos, ora fatuos. Nuestro cerebro está pleno de nociones que nos esforzamos ahora por aplicar, pero que aplicamos casi siempre mal. Es el efecto de ese *sistema* que, por un método directamente opuesto al desarrollo natural de nuestro espíritu, coloca las nociones antes que las percepciones. En realidad, los educadores, en vez de escudriñar en el niño las facultades, ponderarlas y aprestarse a desarrollarlas, sólo se aplican a llenar su cabeza de ideas y hechos extraños. Preténdese después rectificar por una larga experiencia todos esos juicios derivados de una errónea aplicación de las nociones; rara vez se consigue. He ahí por qué tan escasas personas cultas tienen ese buen sentido que frecuentemente resplandece en las gentes sin ilustración.

Dedúcese de las precedentes reflexiones que el punto capital de la educación sería emprender “rectilíneamente” el conocimiento del mundo, objeto verdadero de toda educación. Es preciso, en primer término, para esto, que en cada cosa la percepción preceda a la noción, la noción simple a la noción más compleja, y que la enseñanza íntegra se lleve a cabo en el orden presupuesto por las nociones de las cosas. En cuanto falta en la cadena un eslabón, surgen las nociones deficientes, y, en pos de éstas, las absurdas, y, al fin, una opinión del mundo viciada individualmente, como no pocos la llevan durante largo tiempo en su cabeza, y muchos, siempre. Quien se examine a sí mismo advertirá que, ya en edad muy madura, y a veces súbitamente, ha comprendido de modo claro y pleno muchas cosas y muchas relaciones hartamente sencillas. Hasta entonces su conocimiento del mundo fué velado por las tinieblas derivadas de su primera educación, artificial, amañada por los hombres, o simplemente natural, fundamentada sobre la experiencia individual.

Arturo Schopenhauer



El problema más importante de la educación, cual es elegir entre los diferentes estudios que se disputan nuestra preferencia, es precisamente el que suele examinarse en último lugar. Para resolverlo, para poder hallar nuestra *dirección racional*, debemos investigar, ante todo, qué conocimiento es más importante poseer, o, valién-

donos de una frase de Bacón, caída desgraciadamente en desuso, debemos averiguar el valor relativo de cada ciencia.

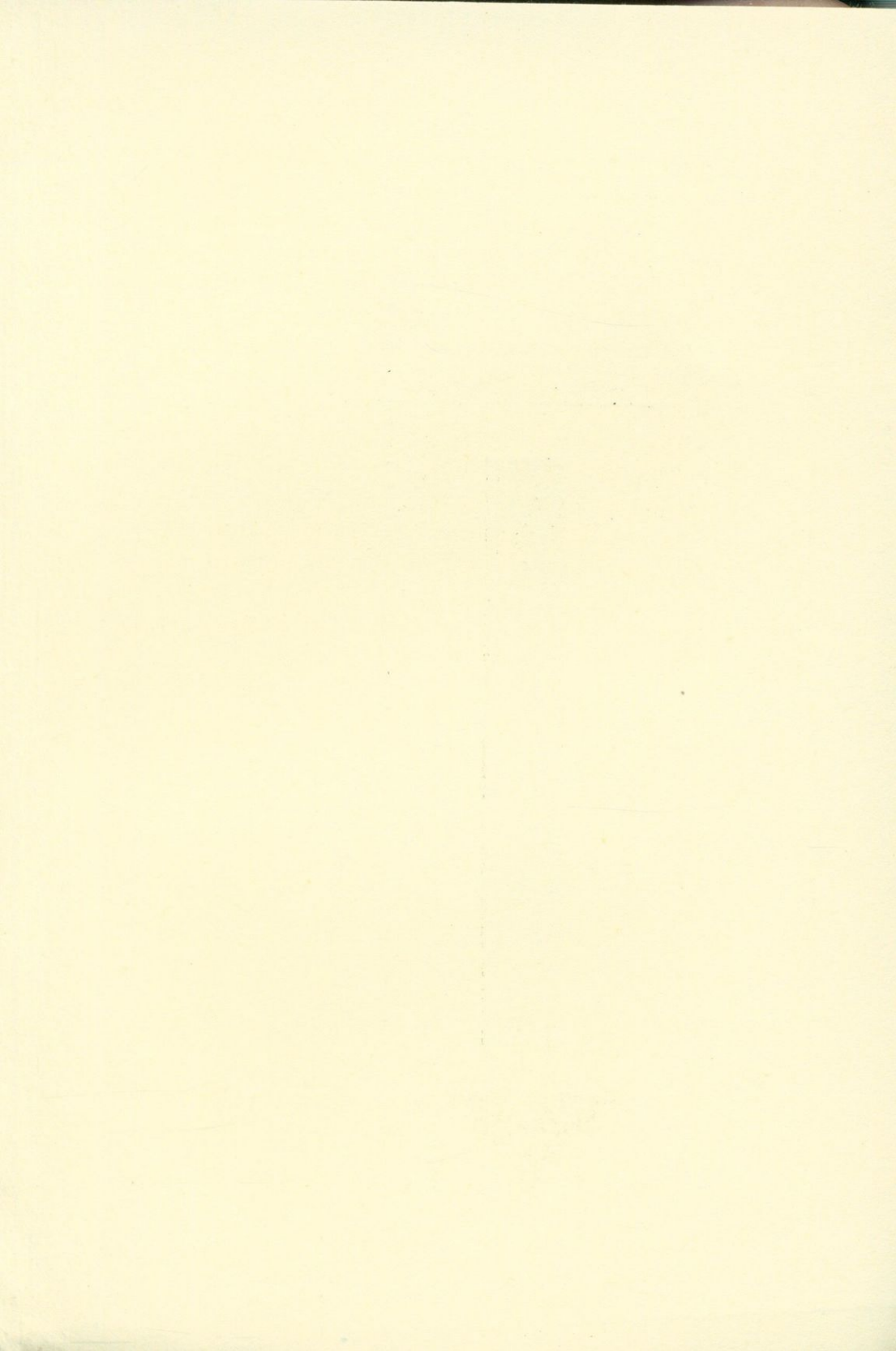
Es necesario, pues, en primer término, un criterio de evolución. Afortunadamente, no puede haber discusión acerca del modo de determinar este criterio en general. Al contender a propósito del valor de un orden determinado de conocimientos, todos lo hacen indicando su influencia en alguna dirección de la vida. A esta pregunta tan sencilla: "¿Para qué sirve esto?", el matemático, el filósofo, el filólogo, el químico, inmediatamente contestarán explicando de qué manera la ciencia que cada uno posee influye ventajosamente en la vida, disminuyendo el sufrimiento, favoreciendo el bien, encaminando a la felicidad. El profesor de escritura demuestra que este arte es un poderoso medio para el manejo de los intereses propios, así como para proveer a mil necesidades sociales; da, pues, la prueba exigida en lo que a él respecta. Cuando un sabio numismático, que pasa la vida investigando las huellas de un pasado desaparecido, no puede mostrar en qué es útil a la humanidad la ciencia que cultiva, vese obligado a reconocer que sus conocimientos carecen relativamente de valor. Esta es, por lo tanto, la manera de probar, directa o indirectamente, la utilidad de una ciencia.

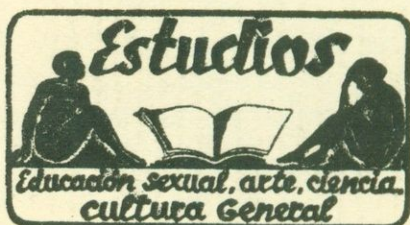
¿Cómo debe vivirse? Para nosotros, ésta es la cuestión capital. No la planteamos tan sólo en el sentido material de la frase, sino en el más absoluto y extenso. Este problema general abraza todos los siguientes: ¿Cuál es la verdadera línea de conducta que debe seguirse en cada situación,

en cada circunstancia de la vida? ¿Cómo tratar al cuerpo? ¿Cómo dirigir la inteligencia? ¿Cómo manejar los negocios? ¿Cómo debe educarse la familia? ¿Cómo es necesario cumplir los deberes de ciudadano? ¿Cómo emplear mejor todas nuestras facultades para el bien propio y el de los otros? ¿Cómo, en fin, vivir con vida completa? He aquí lo que más nos interesa conocer y lo que la educación debe, ante todo, enseñarnos. El fin de la educación es prepararnos a vivir con vida completa. Por lo tanto, el único criterio racional para juzgar cuál es el mejor sistema de educación es saber en qué grado se aproxima cada uno al fin perseguido.

Herbert Spencer







Precio: 30 Céntimos